

fondos que se destinan a las importaciones agrícolas pueden liberarse para las importaciones industriales de energía, tecnología y materias primas que demanda el necesario desarrollo industrial.

Las dificultades de integrar nuestra economía en la del Mercado Común, no deben solventarse eliminando aquellas producciones agrarias en las que somos competitivos sino negociándolas, otra cosa sería bajar la guardia antes del combate.

La degradación del campo, los graves problemas sociales que plantea la aglomeración urbana y los elevadísimos costes del desarrollo de las grandes ciudades, sólo serán mitigados cuando una parte importante de las aguas trasvasadas se empleen en el riego de zonas agrícolas limitando la alta emigración rural.

Finalmente las condiciones de suelo y clima del sureste, dan lugar a una amplia polivalencia de cultivos que permiten la continua adaptación de la oferta a la demanda, con unos rendimientos por hectárea que en muchas especies son más elevados que en el resto de las zonas agrarias y además el medio humano ha acreditado suficientemente su capacidad para la producción, comercio y exportación; con estas condiciones y cualidades no parece que exista riesgo alguno en la inversión que se está realizando. Parece insensato, por lo tanto, poner en duda la rentabilidad de esta inversión regional, que sólo ha alcanzado 12.600 millones de pesetas en el período 1969-1976.

Estos pueblos, hace cuatro siglos y medio que esperan y porfían por resolver su carencia de un recurso primario, el agua. En el momento presente cuando de las promesas se ha conseguido pasar a las obras, no cumplir los compromisos contraídos produciría un grado de frustración de consecuencias incalculables. La historia futura de este trozo de país y su propia identidad regional, sólo podrá conseguirse a través de un impulso que como el del Trasvase promueva una conciencia colectiva.

Murcia, noviembre 1977.

